



La Santa Sede

MISA DE SUFRAGIO EN 50° ANIVERSARIO DE LA MUERTE
DEL SIERVO DE DIOS PÍO XII

HOMILÍA DEL SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Basílica Vaticana

Jueves 9 de octubre de 2008

*Señores cardenales;
venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio;
queridos hermanos y hermanas:*

El pasaje del libro del Sirácida y el prólogo de la primera carta de san Pedro, proclamados como primera y segunda lecturas, nos ofrecen significativos elementos de reflexión en esta celebración eucarística, durante la cual recordamos a mi venerado predecesor el siervo de Dios Pío XII. Han transcurrido exactamente cincuenta años desde su muerte, que tuvo lugar en las primeras horas del 9 de octubre de 1958. El Sirácida, como hemos escuchado, ha recordado a todos los que se proponen seguir al Señor que tienen que prepararse para afrontar pruebas, dificultades y sufrimientos. Para no sucumbir a ellos —advierte— se necesita un corazón recto y constante, hacen falta la fidelidad a Dios y la paciencia, unidas a una inflexible determinación de mantenerse en el camino del bien. El sufrimiento afina el corazón del discípulo del Señor, como se purifica el oro en el fuego. "Todo lo que te sobrevenga, acéptalo —escribe el autor sagrado—; y en las humillaciones sé paciente, porque en el fuego se purifica el oro, y los que agradan a Dios, en el horno de la humillación" (*Si 2, 4-5*).

San Pedro, por su parte, en el pasaje que hemos escuchado, dirigiéndose a los cristianos de las comunidades de Asia menor que se veían "afligidos con diversas pruebas", va incluso más allá: les pide que, a pesar de ello, "reboosen de alegría" (*1 P 1, 6*). En efecto, la prueba es necesaria —observa— "a fin de que la calidad probada de vuestra fe, más preciosa que el oro percedero que es probado por el fuego, se convierta en motivo de alabanza, de gloria y de honor, en la

revelación de Jesucristo" (1 P 1, 7). Y luego, por segunda vez, los exhorta a rebosar de alegría, incluso a exultar "de alegría inefable y gloriosa" (v. 8). La razón profunda de este gozo espiritual está en el amor a Jesús y en la certeza de su presencia invisible. Él hace inquebrantables la fe y la esperanza de los creyentes, incluso en las fases más complicadas y duras de su existencia.

A la luz de estos textos bíblicos podemos leer la vida terrena del Papa Pacelli y su largo servicio a la Iglesia, que comenzó en 1901 durante el pontificado de León XIII y continuó con san Pío X, Benedicto XV y Pío XI. Estos textos bíblicos nos ayudan sobre todo a comprender cuál fue la fuente de la que sacó valor y paciencia en su ministerio pontificio, realizado durante los atormentados años de la segunda guerra mundial y el período siguiente, no menos complejo, de la reconstrucción y de las difíciles relaciones internacionales que pasaron a la historia con el significativo nombre de "guerra fría".

"*Miserere mei Deus, secundum magnam misericordiam tuam*". Con esta invocación del Salmo 50 comienza Pío XII su testamento. Y sigue: "Estas palabras, que, consciente de no ser digno y de no estar a la altura, pronuncié en el momento en que acepté, temblando, mi elección a Sumo Pontífice, con mayor fundamento las repito ahora". En ese momento faltaban dos años para su muerte. Abandonarse en las manos misericordiosas de Dios: esta fue la actitud que cultivó constantemente este venerado predecesor mío, último de los Papas nacidos en Roma y perteneciente a una familia vinculada desde hacía muchos años a la Santa Sede. En Alemania, donde llevó a cabo su misión de nuncio apostólico, primero en Munich y luego en Berlín hasta 1929, dejó tras de sí un grato recuerdo, sobre todo por haber colaborado con Benedicto XV en el intento de detener "la inútil matanza" de la gran guerra, y por haber percibido desde el principio el peligro que constituía la monstruosa ideología nacionalsocialista con su perniciosa raíz antisemita y anticatólica. Creado cardenal en diciembre de 1929, y nombrado poco después secretario de Estado, durante nueve años fue fiel colaborador de Pío XI, en una época marcada por los totalitarismos: el fascista, el nazi y el comunista soviético, condenados respectivamente en las encíclicas *Non abbiamo bisogno*, *Mit brennender Sorge* y *Divini Redemptoris*.

"El que escucha mi palabra y cree (...) tiene vida eterna" (Jn 5, 24). Esta afirmación de Jesús, que hemos escuchado en el Evangelio, nos hace pensar en los momentos más duros del pontificado de Pío XII cuando, al darse cuenta de que fallaban todas las certezas humanas, sentía gran necesidad, también mediante un constante esfuerzo ascético, de adherirse a Cristo, única certeza que no falla. La Palabra de Dios se convertía así en luz de su camino, un camino en el que el Papa Pacelli consoló a desplazados y perseguidos, tuvo que secar lágrimas de dolor y llorar las innumerables víctimas de la guerra. Sólo Cristo es verdadera esperanza del hombre; sólo confiando en él el corazón humano puede abrirse al amor que vence al odio.

Esta certeza acompañó a Pío XII en su ministerio de Sucesor de Pedro, ministerio que comenzó precisamente cuando se adensaban sobre Europa y sobre el resto del mundo las nubes amenazadoras de una nueva guerra mundial, que intentó evitar por todos los medios: "El peligro

es inminente, pero todavía hay tiempo. Con la paz, nada está perdido. Todo puede perderse con la guerra", exclamó en su mensaje por radio del 24 de agosto de 1939 (AAS, XXXI, 1939, p. 334).

La guerra puso de relieve el amor que albergaba por su "Roma amada", un amor testimoniado por la intensa obra de caridad que promovió en defensa de los perseguidos, sin distinción alguna de religión, etnia, nacionalidad o ideología política. Cuando, tras la ocupación de la ciudad, le aconsejaron repetidas veces que dejara el Vaticano para ponerse a salvo, su respuesta fue siempre idéntica y decidida: "No dejaré Roma y mi puesto, aunque tuviese que morir" (cf. *Summarium*, p. 186). Los familiares y otros testigos hablaron también de privaciones de alimento, calefacción, ropa y comodidades, a las que se sometió voluntariamente para compartir las condiciones de la gente duramente probada por los bombardeos y las consecuencias de la guerra (cf. A. Tornielli, *Pío XII, Un uomo sul trono di Pietro*). Y ¿cómo olvidar el [mensaje navideño](#) pronunciado por radio en diciembre de 1942? Con la voz quebrada por la emoción deploró la situación de los "centenares de miles de personas, las cuales, sin culpa alguna, a veces sólo por razones de nacionalidad o raza, están destinadas a la muerte o a un progresivo deterioro" (AAS, XXXV, 1943, p. 23), con una clara referencia a la deportación y al exterminio perpetrado contra los judíos.

A menudo actuó de manera secreta y silenciosa, precisamente porque, consciente de las situaciones concretas de ese complejo momento histórico, intuía que sólo de ese modo se podía evitar lo peor y salvar el mayor número posible de judíos. Debido a estas intervenciones, recibió numerosos y unánimes testimonios de gratitud al final de la guerra, así como en el momento de su muerte, de las más altas autoridades del mundo judío, como, por ejemplo, de la ministra de Asuntos exteriores de Israel Golda Meir, que escribió lo siguiente: "Cuando el martirio más espantoso golpeó a nuestro pueblo, durante los diez años de terror nazi, la voz del Pontífice se elevó en favor de las víctimas", y concluyó con emoción: "Nosotros lloramos la pérdida de un gran servidor de la paz".

Lamentablemente, el debate histórico, no siempre sereno, sobre la figura del siervo de Dios Pío XII, ha descuidado algunos aspectos de su poliédrico pontificado. Fueron muchísimos los discursos, las alocuciones y los mensajes que dirigió a científicos, médicos y exponentes de los más variados grupos profesionales, algunos de los cuales conservan todavía hoy una extraordinaria actualidad y siguen siendo un punto seguro de referencia. Pablo VI, que fue su fiel colaborador durante muchos años, lo describió como un erudito, un estudioso atento, abierto a los modernos caminos de la investigación y de la cultura, con una fidelidad siempre firme y coherente tanto a los principios de la racionalidad humana como al intangible depósito de las verdades de la fe. Lo consideraba un precursor del concilio Vaticano II (cf. *Ángelus* del 10 de marzo de 1974).

En esta perspectiva, muchos documentos suyos merecerían ser recordados, pero me limito a citar sólo algunos. Con la encíclica *Mystici Corporis*, publicada el 29 de junio de 1943 mientras la guerra aún arreciaba, él describía las relaciones espirituales y visibles que unen a los hombres

con el Verbo encarnado y proponía incluir en esa perspectiva todos los temas principales de la eclesiología, ofreciendo por primera vez una síntesis dogmática y teológica, que sería la base de la constitución dogmática conciliar *Lumen gentium*.

Pocos meses después, el 20 de septiembre de 1943, con la encíclica *Divino afflante Spiritu* estableció las normas doctrinales para el estudio de la Sagrada Escritura, poniendo de relieve su importancia y su papel en la vida cristiana. Se trata de un documento que testimonia una gran apertura a la investigación científica de los textos bíblicos. ¿Cómo no recordar esta encíclica mientras se están desarrollando los trabajos del Sínodo que tiene como tema precisamente: "La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia"? Se debe a la intuición profética de Pío XII la puesta en marcha de un serio estudio de las características de la historiografía antigua, para comprender mejor la naturaleza de los libros sagrados, sin debilitar ni negar su valor histórico. Un estudio profundo de los "géneros literarios", cuya finalidad era comprender mejor lo que el autor sagrado quiso decir, hasta el año 1943 se miraba con cierta sospecha, debido entre otras razones a los abusos que se habían producido.

La encíclica reconocía su justa aplicación, declarando legítimo su uso no sólo para el estudio del Antiguo Testamento, sino también del Nuevo. "Hoy, además, este arte —explicó el Papa— que suele llamarse crítica textual y en las ediciones de los autores profanos se emplea con gran aprobación y también con frutos, se aplica con pleno derecho a los Libros sagrados precisamente por la reverencia debida a la Palabra de Dios". Y añade: "El objetivo de ese arte es devolver al texto sagrado, con la mayor precisión posible, su contenido originario, limpiándolo de las deformaciones introducidas por los errores de los copistas y liberándolo de las glosas y lagunas, de la trasposición de palabras, de las repeticiones y de otros defectos de todo género, que en los escritos transmitidos a mano durante muchos siglos suelen infiltrarse" (AAS, XXXV, 1943, p. 336).

La tercera encíclica que quiero mencionar es la *Mediator Dei*, dedicada a la liturgia, publicada el 20 de noviembre de 1947. Con este documento el siervo de Dios impulsó el movimiento litúrgico, insistiendo en el "elemento esencial del culto", que "debe ser el interior: de hecho, —escribió— es necesario vivir siempre en Cristo, dedicarse por completo a él, para que en él, con él y por él se dé gloria al Padre. La sagrada liturgia requiere que estos dos elementos estén íntimamente unidos. (...) De otra forma, la religión se convierte en un formalismo sin fundamento y sin contenido".

Además, no podemos menos de mencionar el impulso notable que este Pontífice dio a la actividad misionera de la Iglesia con las encíclicas *Evangelii praecones* (1951) y *Fidei donum* (1957), poniendo de relieve el deber de toda comunidad de anunciar el Evangelio a las gentes, como el concilio Vaticano II hará con valiente vigor. Por lo demás, el Papa Pacelli demostró su amor a las misiones desde el inicio de su pontificado cuando, en octubre de 1939, quiso consagrar personalmente a doce obispos de países de misión, entre los cuales un indio, un chino, un japonés, el primer obispo africano y el primer obispo de Madagascar. Una de sus constantes

preocupaciones pastorales fue, por último, la promoción del papel de los laicos, para que la comunidad eclesial pudiera aprovechar todos los recursos y las energías disponibles. También por este motivo la Iglesia y el mundo le están agradecidos.

Queridos hermanos y hermanas, mientras oramos para que continúe felizmente la causa de beatificación del siervo de Dios Pío XII, conviene recordar que la santidad fue su ideal, un ideal que propuso siempre a todos. Por eso impulsó las causas de beatificación y de canonización de personas pertenecientes a pueblos diversos, representantes de todos los estados de vida, funciones y profesiones, reservando un gran espacio a las mujeres.

Y precisamente indicó a María, la Mujer de la salvación, como signo de esperanza cierta para la humanidad cuando proclamó el dogma de la Asunción durante el Año santo de 1950. En este mundo que, como entonces, está afligido por preocupaciones y angustias por su futuro; en este mundo, donde, tal vez más que entonces, el alejamiento de muchos de la verdad y de la virtud deja entrever unos escenarios privados de esperanza, Pío XII nos invita a dirigir nuestra mirada a María elevada a la gloria celestial. Nos invita a invocarla con confianza, para que nos haga apreciar cada vez más el valor de la vida en la tierra y nos ayude a fijar la mirada en la meta verdadera a la que todos estamos destinados: la vida eterna que, como asegura Jesús, posee ya quien escucha y sigue su palabra. Amén.